

Por lo demás, vemos muy bien el deseo de revalorizar en la Iglesia el "Carisma y la sacramentalidad episcopal", y todas las fecundas aportaciones de Colombo, que dan también luz para comprender, entre otras cosas, cómo no es una pérdida de dinero o de tiempo, ni un desplazamiento inútil o superfluo de los Pastores, el convocar en 1962 un Concilio Ecu­mé­nico. Las manifestaciones y actividad "colegial" del cuerpo episcopal del mundo entero son algo que podemos llamar esencial e imprescindible en la Iglesia.

Manuel Martín-Pozuelo S. I.

PAROISSE ET LITURGIE

LES CLASSES ET LES TAXES DANS L'ADMINISTRATION DES SACRAMENTS ET DES SACRAMENTAUX.

Janvier 1962, p. 66-82

par H. Joulia

Un tema que interesa a todos. A los sacerdotes, porque afecta a sus actuales medios de vida; pero también a sus posibilidades pastorales y al prestigio sobrenatural de la Iglesia. Es del clero —Obispos y párrocos— de quienes han surgido frecuentes reformas de las clases y tasas; no porque éstas parezcan injustificadas, sino buscando algo mejor y más adaptado a nuestra época.

Interesa a los seculares. Quizás se han formado un concepto aduanero o mercantil de la Iglesia. —"Vengo a pagarle la misa" "¿Cuánto vale un casamiento de primera?"—. Y deben saber que los sacramentos no se pagan; que los aranceles son una ofrenda reglamentada.

Si no se interesan por las sutilezas jurídicas, deben saberse obligados al mantenimiento de la Iglesia, y opinar sobre el sistema económico-administrativo más adecuado.

Pueden revisar también si su afán de lujo, de mantener diferencias sociales, tiene alguna culpa en la proliferación de adornos y clases en las funciones litúrgicas.

El artículo de H. Joulia está basado en una tesis del autor aún no publicada. Lo divide en tres grandes apartados: desarrollo histórico, prescripciones actuales y perspectivas.

En la primera expone la dureza con que se condenaba primitivamente aun el admitir ofrendas por la administración de los sacramentos. A partir del siglo XIII, la pobreza de los clérigos y los derechos de patronato respecto a algunas iglesias, introdujeron tasas parroquiales. El Concilio de Trento acabó por remitirse a los usos locales. Casi igual que el Derecho actual.

Hasta aquí es una exposición erudita, rápida, necesaria para formarse un juicio profundo sobre el tema; pero no es precisamente popular, aunque las anécdotas la hacen amena.

La parte más interesante es la tercera. Aunque se limita a Francia, es fácilmente aplicable a nuestro país. Enumera las tentativas actuales.

Merece la pena que recojamos aquí las razones en favor de la supresión de clases en las ceremonias litúrgicas, sintiendo tener que omitir los interesantes testimonios que las acompañan.

1. Siendo tan limitado el número de sacerdotes, es un lujo la presencia de tantos clérigos en tales ceremonias .
2. La diferencia de clases fomenta la vanidad de los fieles, y no es conforme al espíritu de la liturgia.
3. Las clases son, de hecho, un escándalo para muchos, borran el sentido de la fraternidad cristiana, y hacen aparecer a la Iglesia como una religión interesada.

Aun la tasa única obligatoria tiene sus inconvenientes :

1. Hace aparecer a los clérigos como funcionarios interesados, y las ceremonias litúrgicas como objetos mercantiles.
2. La supresión de las tasas sería un testimonio de pobreza, y haría ver la gratuidad de los dones de Dios.
3. Se revalorizaría la noción de ofrenda.
4. Parece que las tarifas eclesiásticas son un obstáculo a la penetración evangélica.

En cambio los argumentos en favor de las clases y tasa tienen menos valor. Ni el derecho, ni la tradición (bastante limitada, por cierto) pretenden más que reglamentar una costumbre. El argumento más poderoso sería las necesidades económicas del culto y del clero; pero téngase en cuenta que aun en la actualidad hay que recurrir a otras entradas, y en cambio los feligreses después de haber pagado la tasa quedan con una buena conciencia de haber cumplido todos sus deberes económicos con la Iglesia.

El autor termina proponiendo un cambio gradual y sobre todo adaptado a la evolución total de la pastoral parroquial. Se podría empezar, como en algunas diócesis se ha hecho, por la reducción a una clase única, para después pasar a la ofrenda voluntaria.

Me voy a permitir añadir una reciente experiencia personal, sólo a modo de anécdota. Me refiero a las impresiones en el funeral y sepelio de mi padre. Escribo sin ningún resentimiento, porque Dios ha querido que no eche de menos nada, excepto la sencillez.

Recuerdo como uno de los momentos sobriamente emotivos, la breve exhortación del sacerdote al levantar el cadáver. Marcó una tónica espiritual sin abusar del sentimentalismo ocasional. Igualmente el recibimiento y despedida en la parroquia. Quizás no sean unas preces uniformes y prescritas, y por eso guardan frescor y elasticidad.

En cambio, el funeral, la misa cantada fue quizás popular en algún tiempo. Los fieles se sentían a gusto en su pasividad. Hoy pertenece a otros. Los fieles desconectan de una onda cuyo lenguaje y movimientos no entienden. Los profesionales del altar y los del coro dialogan extensamente sin que los familiares del difunto puedan intervenir. Yo, destinado al altar, pero ahora confinado en el banco de los fieles, sentía que se apropiaban del cadáver y me robaban sus últimos momentos.

Ahora reflexiono que hubiera sido preferible una misa rezada, dialogada en castellano por todos los que nos quisieron acompañar; quizás

hasta con un breve y jugoso comentario del evangelio, la epístola o el prefacio. Sería un gesto profundo y sencillo, espontáneo y sobrenatural, en el que la Iglesia-jerárquica y la Iglesia-comunidad nos acompañarían en la oración del Calvario.

A este gesto no le hacen falta adornos, cantos, colgaduras, flores y velas, ni tantas capas pluviales. Le sobran porque no ayudan, y distraen. Por su sencillez se puede ofrecer a todos sin necesidad de retribución alguna.

Si en todos los sacramentos deberíamos rechazar los adornos lujosos y la distinción de clases, parece que la austeridad de la muerte lo exige por sí misma. La sensibilidad exarcebada, la amargura de lo inevitable, hundirá en el subconsciente las distinciones religiosas de los ricos. Quizás hasta los ricos desean la sencillez y si no se atreven es porque les retienen las conveniencias sociales. Convencionalismos que cederían ante una nueva opinión pública creada por las instrucciones y exhortaciones pastorales.

Una última reflexión. ¿Por qué no recordar a los fieles que “la limosna borra la abundancia de los pecados”? Cristo la tendrá como hecha a sí mismo. Así disminuiría el acaparamiento de misas de difuntos que podrían aplicarse por otros feligreses. Limosnas que podrían hacer extensivas al clero.

Gonzalo Haya, S. J.

